

Hoy se cumplen 72 años desde que se desató la única ofensiva del Ejército vasco durante la Guerra Civil. Unos combatientes no profesionales pero de fuertes convicciones que fueron derrotados en Villarreal tras una dura contienda. **TEXTO Miriam Vázquez FOTO Sabino Arana Fundazioa**

# 25 días sin tregua

**H**ACÍA días que la lluvia, el incesante ulular del viento y el sonido de la metralla eran los únicos encargados de romper el silencio que imponía la batalla. Era el camino para salir con vida. Para no ser visto. Un silencio, que aún así, pesaba. Como también pesaban las piernas, de caminar entre el fango, entre ríos crecidos que amenazaban con desbordarse en cualquier momento, como una bestia dormida que acechaba sin entender de treguas ni campos de batalla. La confianza y el valor se sobreponían al hambre punzante causada por las precipitaciones torrenciales, que obstaculizaban la recepción de alimentos. Y el fusil se convirtió en el más traicionero de los amigos para unos combatientes que pronto vieron que su mejor arma iba a ser su propio valor.

Félix Padín, miliciano de CNT y teniente del Batallón Durruti, uno de los que lucharon en la batalla de Villarreal cuando contaba con 20 años de edad, recuerda a DEIA cómo habían recibido unos fusiles checoslovacos para luchar. Cómo, intentando disparar ante un enemigo que apretaba fuerte, se saltaron las bridas del fusil. Desarmado, tal vez se acordara de las palabras del contrariado comandante Juan Ibarrola, que desde la cima preguntaba por qué los fusiles de la milicia anarquista no disparaban. O, tal vez, rememorara los instantes en que, días antes, por la noche, el destello de los focos anunciaba la llegada de camiones que podrían haber portado armamento útil. Pero la situación requería actuar; así que Padín miró a su compañero herido, y tomó su fusil para continuar luchando.

**EN CONTRA DE AGIRRE** La batalla de Villarreal –Legutiano–, la única ofensiva durante la Guerra Civil del recién creado Ejército vasco, comenzó tal día como hoy, hace 72 años, y concluyó el 24 de diciembre, con la derrota a manos del ejército franquista. Una operación englobada en el frente norte, que abarcaba la acción en Euskadi, Asturias y Cantabria. De hecho, la batalla debe su nombre a que el avance fue cortado por los franquistas en Villarreal ya que, verdaderamente, se pretendía llegar hasta Miranda, pasando por Villarreal, Gasteiz y Nanclares, para cortar la comunicación por ferrocarril con Europa y con el norte al reciente Estado franquista ubicado en Burgos.

El lehendakari Agirre mostró su recelo, puesto que prefería recuperar las posesiones perdidas en Gipuzkoa. Sin embargo, el historiador Guillermo Tabernilla, de la asociación Sancho de Beurko, explica cómo, tras las reuniones con el Gobierno de la República y los asesores rusos, tuvo que ceder ante el Gobierno de Largo Caballero, muy a su pesar –un pesar que mantuvo a lo largo de los años–, para emprender una batalla que parecía que iba a declinarse a favor de la República. El optimismo radicaba en la configuración de un ejército de 25.000 hombres, además de la recepción de un *barco Y* –nombre con el cual la Unión Soviética encriptaba sus envíos–, lo cual confería un halo de momentánea superioridad a los vacos.

La lucha, que fue concebida por la República como una maniobra de distracción para aliviar la presión franquista sobre Madrid, terminó encasquillándose en Villarreal. Tabernilla apunta a este medio varias causas. En primer lugar, los republicanos poseían una fuerza de carácter miliciano, no comparable con un ejército profesional. “A la defensiva, se trata de valor, y en Madrid tuvieron un gran éxito de resistencia. Pero, a la ofensiva, tuvieron un gran fracaso en Villarreal. Moverse sin mandos competentes es muy difícil”, matiza.

Otro factor radica en los problemas que tuvieron los santanderinos en su avance hacia el sur, de modo que los franquistas –que contaban con 50.000 hombres al mando del general Mola– no se vieron acosados en esa zona y



El lehendakari Agirre, junto a los mandos de su ejército, en octubre, antes de desatarse la batalla que enfrió las relaciones con la República.



Gudaris del Batallón Irintzi utilizan un mortero en Pago Txiki, en Villarreal.

**“Luchábamos cuerpo a cuerpo, hasta a puñetazos. Fue horrible”, relata un miliciano**

**“La evacuación de heridos era deficiente y había poca coordinación”, dice Tabernilla**

podieron mandar refuerzos para luchar en Villarreal. El mal tiempo, la deficiente evacuación de heridos y la falta de coordinación ahondaron en la derrota en una lucha que reunió a 70.000 hombres republicanos en todo el frente norte, y que se saldó con mil muertos y 3.500 heridos en la batalla de Villarreal.

**SIN ARTILLERÍA** Padín pasó a formar parte de esa batalla a una temprana edad. Recuerda el día en el que los franquistas golpearon fuertemente a su milicia: “Lanzaron una ofensiva contra el primero de acción, e hicieron una carnicería. Estuvimos todo el día combatiendo y, al fallar el primero de acción, tuvimos todo el rato a los franquistas detrás. Y respondimos a

puñetazos, como podíamos. Esa batalla fue horrible. Se llegó mucho al cuerpo a cuerpo. Dijeron que en nuestro bando estaba la sanidad perfectamente, las transmisiones perfectamente... Pero no había nada. No vi nuestra artillería. Fue una batalla desesperada. Los heridos se desangraban por el camino, durante el traslado”. El día 12 los republicanos lanzaron otra ofensiva. Padín ilustra lo que se vivió aquella jornada: “Nos tuvieron toda la noche mojados, en el barro, sin hablar, sin fumar, en silencio... porque estábamos entre las líneas enemigas. Yo avancé más de lo debido y, cuando quise retirarme..., ya no pude. Nuestra retirada ocasionó muchas bajas”.

Tras la batalla, el miliciano fue trasladado por los franquistas a un campo de concentración: “El 8 de diciembre de 1937 nos llevaron al campo de Miranda. Me entraron todas las enfermedades a una: tifus, piojos, sarna, forúnculos... Y, cuando salí, fui a parar al batallón trabajadores número dos –cuerpo disciplinario para los presos de guerra– a Guadalajara, a hacer trincheras”. Padín hace hincapié en ese período de su vida: “Desde 1937 a 1943 estuve preso. Porque yo, el estar en ese ejército considero que es estar preso, porque esa situación... no era real. Intentaban quitarnos la dignidad como personas. Pero matando y asesinando no se convence a nadie. Todavía recuerdo una frase que escuché en una misa franquista: *Hay que derribar el árbol, hacer leña, prenderle fuego y extender las cenizas para que no nazca ni un retoño de los vascos*”.

En cuanto al trato dispensado en los campos de concentración, el historiador Tabernilla confirma la versión aportada por algunos gudaris: “Es cierto que los fascistas italianos tuvieron más mano izquierda. Se vieron sorprendidos por la crudeza y brutalidad que se gastaba en España y, eso, con ellos, no iba”. Según destaca, la batalla fue un mito para los republicanos –por la dureza de la contienda– y para los franquistas, que desplegaron toda la parafernalia propagandística de su victoria.

Padín, por su parte, rememora la actitud del régimen. Los recuerdos persisten en un hombre que mantiene muy vivas sus convicciones: “Franco decía que lo había dejado todo *atado y bien atado* –se adivina una sonrisa detrás de sus palabras–. Y lo sigue estando.”